



Carlos A. Ponzio y Olga de León

Tres clases magistrales

A un paso de la mediocridad, la maldad

“No entiendo, ¿por qué sucedió?”, me decía Emiliana, “venía a menos de cien kilómetros por hora, sin lluvia, de día, sin platicar con mi amiga, ni en el celular, simplemente me salió de la nada un animal enorme en la carretera, a dos kilómetros de la primera caseta”. Entonces Emiliana cuenta que dio un giro súbito al volante y su camioneta volcó. Ahora es lenta en su hablar, su coeficiente intelectual se redujo, es distraída y desconfiada, pero sigue sintiendo emociones, y lo peor de todo, sigue hablando mal de los demás, ese carácter pusilánime no lo perdió, a pesar de la tragedia.

Ella piensa que sigo enamorado de Beatriz, y yo me pregunto: “¿con qué clase de persona estoy hablando?”. Pero no es que sea solo tonta, sino malvada, quiere oírme decir que quince años después, sigo enamorado de Beatriz, para contárselo a la gente. Pero yo no lo sospecho, además, quiero olvidar que el día que la conocí me dijo: “Ya me contaron de ti”, pero no dijo quién, ni qué. Más tarde confesó que oyó “está loco, golpeó a Beatriz en Oaxaca”. Fue su cuñado, un ex compañero de trabajo que solía burlarse de nuestro jefe porque sospechaba que la mujer lo engañaba, quien se lo había dicho.

Emiliana no entendía que yo estaba abierto a ser su amigo, pero ella no podía entenderlo porque estaba cazada con la idea de que la inteligencia se demuestra burlándose de los demás, de su jefa, de conocidos míos, de cualquiera... Y ahí la tenía yo, frente a mí, hablando con una lentitud que me hacía pensar en que, ese ritmo lerdo y pausado, no era otra cosa que el efecto que la retrataba -de cuerpo entero- con los daños del accidente, pero en realidad no era un daño cerebral, sino la maquinación de sus cálculos malévolos, para parecer torpe, mientras pensaba como no echarse de cabeza y aparentar que pretendía no delatar a nadie.

De pronto, se empeña en hablar sobre sí misma, y empieza a contarme que un día ella quiso ser escritora, pero le pareció que cierta compañera de taller era mejor que ella, y dejó aquel sueño, nunca volvió a pensar en escribir. Ahora nos encontrábamos en el mismo lugar, a donde yo asistía como tallerista, porque un doctor le recomendó: “vuélvase escritora”. Qué mejor trabajo para quien redacta notas informativas en una oficina gubernamental, pensé en mi silencio voluntariamente impuesto ante tan parlanchina interlocutora. “No termino nada de lo que inicio”, me dice, mientras pienso que casi se mata y no aprendió nada de ello. ¿Qué cosas podría decirle al mundo, qué podría enseñarle a otros? ¿Qué querían aprender los otros de ella? Nada.

Al llegar a la sala de conciertos y sentarnos, ella lo hace casi encima de mí, y vuelve a preguntarme sobre Beatriz. Por toda respuesta, me disculpo para levantarme al baño, voy caminando lentamente, cavilo

sobre el absurdo y el sinsentido en el teatro de Ionesco, Las Sillas, quiero encontrar un refugio para mi arrepentimiento por haberla invitado a escuchar dos horas de música clásica. El arte eleva el espíritu, la música ayuda a construir; el chisme busca destruir. Qué hacía yo ahí con alguien que se regodea queriendo destruir la dignidad de las personas; quizá no lo logre, seguramente no; pero lo intenta. En los retretes saco mi enojo, ¡al menos, una parte de él!, me acerco al lavabo y frente al espejo me observo: “luzco más viejo de lo que soy”. De regreso a las butacas me encuentro con el pianista que interpretará a Beethoven y aprovecho para platicar.

- ¿Vives en Colombia?
- No, en Alemania, - me responde. - De aquí voy a Colombia, a dar una clase magistral.
- ¿Y qué se enseña en una clase magistral?
- Pues escuchas (tocar) a la gente, y les das recomendaciones sobre cómo mejorar

Yo no quería aprender qué era una clase magistral, algo entendía

entonces y algo había leído, pero lo que sí quería era



demorar mi ineludible enfrentamiento con la realidad, mi llegada a la

butaca al lado de esa mujer que tuve el infortunio de invitar... En ese instante, se anuncia la tercera llamada y los músicos toman sus lugares.

- Voy a buscar un asiento dónde escuchar el inicio del concierto, - me dice el pianista, estando ya encaminados a la sala.

Se alejó, mientras del otro lado, Emiliana me esperaba desesperada, anhelando abrir su boca en cuanto estuviera a su lado, para compartir más pensamientos con mi fatigada paciencia. Me apresuré antes de que se apagaran las luces; de pronto, mi memoria trajo al presente un recuerdo que no podía ser más elocuente para intentar de una vez por todas y de modo definitivo parar ese torrente de “plática” insulsa y malsana; por fin, tenía yo algo que decirle, algo que la aquietara un poco, y que la hiciera reflexionar sobre sí misma.

- ¿Te platicué del compañero de escuela al que le decían “El Orangután”?

- No, dime, - dijo sonriendo burlonamente y con saña, inclinándose hacia mí, a fin de no perder detalle.

- No recuerdo quién le puso ese sobrenombre... ¡Pobre hombre, pobre

amigo! ¿Qué se sentirá que a los diez y ocho años, a los treinta, o a los cuarenta, te digan “orangután”?, - y Emiliana rió malvadamente, - a él le gustaba chismear, le ponía un poco de su salsa a lo que escuchaba por ahí, e iba contándolo por toda la facultad. Hasta que un día, el “Orangután” se rompió el hocico en un accidente automovilístico, perdió doce dientes y tuvieron que extirparle los que le quedaron, para ponerle una dentadura postiza.

- ¡Vaya accidente!, - dijo Emiliana.
- Un accidente, sí; pero, ¡cómo se aprende de ellos!, - le dije mientras se apagaban las luces de la sala, justo cuando comenzarían dos horas de silencio verbal, tiempo suficiente para reflexionar sobre todo aquello que le comenté, en un acto de desesperación y hartazgo, tras escucharla solo proferir chismes y malos pensamientos a costa de los demás. Entonces supe que no era su costumbre dejar moro ni cristiano sano y salvo de su maledicencia, buscándole cinco pies al gato, cuando quería hablar mal de alguien, lo que era muy seguido.

Los aplausos se prolongaron, la gente se puso en pie y siguió aplaudiendo; pero el tiempo era limitado, no podían agradecer ni siquiera con un breve movimiento, en seguida habría otra función.

Nos levantamos y decidí que iría a felicitar al director, al pianista colombiano y algunos músicos que conocía, se lo comuniqué a Emiliana.

- Te acompaño, -aseveró, no preguntó.
- Por favor, no. Espérame aquí. No tardo más de tres minutos.

- ...¿y, si sí?
- Puedes no esperarme; pero por favor hazlo. ¿Cuánto crees que puedo tardar en pronunciar dos palabras: una de agradecimiento y otra de felicitación? Pero, tú decides; yo entenderé, cualquiera que sea tu decisión.

Me alejé de ella, deseando que no se fuera, que su poca sensatez le permitiera esperarme para llevarla de regreso a su casa. Sabíamos perfectamente, ambos, que nunca más la buscaría ni ella volvería a llamar.

La clase magistral, no pedida pero tampoco planeada, pudo no ser comprendida pero ya había sido dictada, estaba dada; nada más había qué decir.

Una familia de osos

- ¿No los ha visto, maestra?; pero me creyó cuando le dije que tuviera cuidado de revisar antes de salir de noche de la facultad, que no hubiera algún oso cerca, ¿sí?

- Bueno, pues ahora están atrás, en la cancha. En este momento, un oseño está trepado en el árbol junto al contenedor, y no tarda la madre que por ahí anda, en saltar al bote de la basura, y ya en el contenedor, busca comida y con su hocico pesca alguna bolsa y se las avienta al piso, ya sea que caiga en el pasto o el cemento de la cancha, lo hace para que coman sus hijitos. Esta osa que viene por acá casi siempre anda acompañada de dos o tres; otras noches viene toda la familia, o sea, el oso papá también.

- ¿...y, cómo puede usted saber que son familia?, don M.

- ¡Ah!, pos si luego, luego se nota. A poco no se reconoce el cariño de los padres, en que son proveedores. ¡Ajá!, eso mismo son los dos osos mayores.

- No, pues sí, nos dan lecciones magistrales también a los humanos.

- ¡Y buena falta que les hace a algunos!



Arthur Rimbaud,
escritor francés

Conocido por la precocidad de su genio poético y lo revolucionario de su propuesta, que abrió las puertas a la literatura simbólica, el bardo francés Arthur Rimbaud murió el 10 de noviembre de 1891 en Marsella.

Nacido el 20 de octubre de 1854 en Charleville, Francia, Rimbaud fue de tal suerte pródigo que su poesía, toda, la escribió entre los 16 y los 20 años de edad, como si supiera que su existencia sería breve, para luego dedicarse a hacerse rico.

Verlaine, de 27, ejercería entonces una gran influencia en Rimbaud y la amistad que los unió generó muchas polémicas. Enamorado del joven genio, el primero dejó familia y todo para viajar con Arthur a Bélgica e Inglaterra.

En la historia de la literatura son muy bien conocidas las noches de hachís que ambos compartieron y que los llevó a la destrucción. Entre el caos de la vida que llevaron, el joven poeta escribió “Una temporada en el infierno”, la segunda muestra de su genio.

Verlaine terminó, celoso, por pegarle un tiro en el pecho. Él fue puesto en prisión en Bélgica y Arthur regresó a Francia, donde el escándalo y el rechazo lo recibieron, por lo que decidió instalarse en Inglaterra. Dejó de escribir en 187. Por su parte y de regreso a Francia, Verlaine reivindicó a su joven amante al publicar sus poemas en “Iluminaciones” (1886) e incluirlo en su reconocido ensayo “Los poemas malditos”, de los que Rimbaud fue el primero. Arthur Rimbaud regresó a su país, a Marsella, para morir el 10 de noviembre de 1891. Dejó para la humanidad un legado de poesía invaluable.

ad pēdem
līteræ

“Yo debería tener un infierno para mi cólera, un infierno para mi orgullo, y el infierno de las caricias; un concierto de infiernos”,

Arthur Rimbaud.

letras de
buen humor

“¡La hemos vuelto a hallar! ¿Qué? La Eternidad... Es la mar mezclada con el sol”,

Arthur Rimbaud.

En interiores...

Define animal

Carolina Rocha Menocal

La copa de Borges
Álvaro Enrique

La Voz del Papa